Desde que se acercó á la hermosa, notó en su rostro una palidez que llamó su atencion, pero que, segun Ione, no reconocia ningun orígen.

Diómedes, acompañando á los convidados entró en el *triclinium*.

El nombre de *triclinium* se le aplicaba al comedor, segun unos, por el triple lecho ó tres camillas que contenia junto á la mesa, y segun otros por la forma de esta que hacia la figura de tres mesas, colocada una en el centro y las otras dos en el ángulo á los extremos de la primera.

Los convidados no ocupaban mas que el lado exterior. El lado interior quedaba libre para facilitar el servicio. El *triclinium* se veia adornado, como era costumbre, de ramas y flores exquisitas.

La mesa se encontraba situada en medio de la pieza.

Diómedes se hallaba sentado en la extremidad de una de las alas, y su hija en la otra.

El edil y un senador romano ocupaban los sitios de honor en los dos extremos de la mesa del medio, y los otros convidados seguian segun su rango y edad.

Plinio se encontraba al lado de la hermosa Eutima, y la silla de Ione se veia al lado de la *camilla* de Glauco.

En los banquetes de ceremonia de los romanos, y por lo mismo en los de Pompeya que era colonia romana, las señoras estaban sentadas, y los hombres recostados sobre unas *tarimas* ó *camillas* con mullidos almohadones (1).

En los dias comunes, y cuando no habia convidados, no se hacia diferencia de asientos, pues en el seno de la familia, ambos sexos gozaban de la misma libertad.

Las *camillas* en que se tendian para comer se llamaban *lecti ó lectuli tricliniares*, para distinguirlas de las camas de los dormitorios que se llamaban *lecti cubiculares*.

Las *camillas* que en un tiempo fueron sencillas, llegaron á ser despues riquísimas.

Las habia de oro macizo, de plata y de otras materias preciosas, revestidas de cubiertas babilónicas que costaban sumas exorbitantes, como las que fueron pagadas por Neron, por cada una de las cuales se dieron cuatro millones de *sestercios*, esto es, 168,000 duros.

Las de Diómedes eran de oro y plata, revestidas de lujosos almohadones de seda.

Ya he dicho que la costumbre exijia que hubiese en la mesa un número de convidados igual al de las *Gracias* ó las *Musas*, esto es, ni menos de tres ni mas de nueve, y que sin embargo, Diómedes, aprovechándose de algunas excepciones que se presentaban, habia convidado á diez y ocho personas.

En el rostro de todas ellas brillaba la satisfaccion, excepto en el de Ione que estaba velado por la melancolía, y en el de Marcio que reflejaba de vez en cuando la ira y los celos.

Encima de las mesas y de los asientos se extendia un dosel ricamente bordado, y á los dos extremos de la pieza se elevaban magníficos candelabros.

Era un poco mas del medio dia; pero se habia cerrado casi todo acceso á los rayos del sol.

Elegantes trípodes colocados convenientemente en distintos puntos de la estancia, exhalaban el perfume de la mirra y del incienso, y sobre el *abacus* ó aparador se veian con notable órden colocados grandes vasos y diversos adornos de plata.

(1) La postura que se observaba en las *camillas* era la siguiente: el primero reclinaba la parte superior del cuerpo sobre el codo y sacaba hácia afuera los piés por la espalda del segundo, cuya cabeza venia á la cintura del primero: esta misma postura guardaban los demas.

Encima de la mesa que ocupaba el centro, se ostentaban el salero sagrado y los dioses lares.

En cuanto los convidados se colocaron en sus camillas, se quitaron, como era costumbre, el calzado, y acudieron á ellos, provistos de bordadas servilletas y de ricas aljofainas, jóvenes esclavos que se apresuraron á lavarles con agua fresca y perfumada las manos y los piés, mientras otros les limpiaban las uñas de los dedos pulgares con admirable destreza.

Concluida esta operacion, y servida la mesa, el *padre del festin*, esto es, el que lo daba, dirijió una súplica á los dioses antes de tocar los manjares, y practicó, al son de la flauta, algunas libaciones que consistian en esparcir vino sobre la mesa en honor de Vesta y de los dioses del hogar llamados *penates*.

Hecho esto, los esclavos colocaron al rededor del cuello de cada convidado una corona de rosas entrelazadas con cintas, y atadas con la corteza del tilo, y otra en la cabeza.

Estas coronas, entretejidas de ápio y de yedra, y de ápio y lilas, y comunmente de rosas, de violetas, de azafran ó de nardos, se ponian como preservativo contra la embriaguez. Se creia que el olor de las flores, abriendo los poros, proporcionaba al vino el medio de evaporarse.

Poco antes de colocarse las coronas, se perfumaron los cabellos con esencias las mas delicadas, que siempre se repartian por el dueño de la casa cuando era rico, y que cuando no lo era, tenia buen cuidado de llevar cada convidado, pues se atribuia á estas esencias la misma virtud que á las coronas.

Las guirnaldas de los hombres tenian ademas algunas amatistas, que se tenian como medio eficaz contra los malos efectos del vino.

Las coronas de las señoras no tenian lo último, porque no era costumbre que las mugeres bebiesen vino en público.

Concluidos estos preparativos, Diómedes pidió que se elijiese el *magister cœnæ* ó *rey del festin*.

Entonces un esclavo llevó una mesita con dados, para que el que llevase el *golpe de Vénus* fuese declarado rey.

La suerte cayó sobre Salustio, que recibió con extremada modestia su nombramiento de *arbiter bibendi* (1).

El banquete dió principio entonces.

Toda comida en regla, designada bajo el nombre de *Cœna recta* se componia de tres servicios, y cuando era extraordinaria, de seis, que venian á ser tres ó seis cenas servidas sin interrupcion una tras otra.

El primer servicio, que se componia de huevos, de verduras frescas cubiertas de nieve, de anchoas, de aceitunas, de higos, de manjares lijeros, en medio de todo lo cual se descubrian con notable arreglo, copas pequeñas llenas de vino en que se habia desleido un poco de miel, cubrió la mesa.

Este primer servicio, que se llamaba *Gustatio*, de la palabra *gustus*, y que era como un excitante para abrir el apetito, mereció el elogio de todos los convidados.

Los numerosos esclavos que se ocupaban en servir á los convidados, eran jóvenes y hermosos, y casi todos de una misma edad, que es lo que constituia la elegancia de los que daban el banquete.

(1) Era costumbre elejir este rey del festin que los romanos llamaban *magister cœnæ*, el cual ponia las leyes que se debian guardar, y señalaba los vasos de vino que cada uno debia beber.

Todos estos esclavos estaban vestidos con una túnica pequeña, que bajaba un poco de la rodilla; iban peinados con gracia, y llevaban en la cintura un lienzo blanco de que hacian uso para el aseo del servicio. Atentos en prevenir hasta los mas ligeros deseos de los convidados, no habia necesidad de dirijirles la palabra, pues bastaba una señal, el choque del dedo pulgar con el índice, para que al punto asistieran.

Todos los esclavos que concurrian á la preparacion y al servicio de los festines, tenian su funcion distinta que llenar. El *promuscondus* era el despensero, el proveedor de todo lo necesario al servicio: el *archimagirus* ó cocinero mayor, ordenaba la comida; el *strutor* ó maestresala, colocaba los manjares en un órden estudiado y simétrico, pues no solamente se trataba de contentar el gusto, sino de agradar la vista; el *scissor* ó trinchante, cortaba, y era su habilidad tan notable, que trinchaba una ave con la velocidad con que otro la miraba.

A estos servidores se agregaban otros muchos que estaban bajo la inspeccion del *tricliniarque*, esclavo encargado de vigilar el servicio del *triclinium*. Los unos ofrecian á los convidados el pan en platos de plata ó en graciosas cestillas; otros servian el vino, quedando uno al lado de cada convidado; otros mas jóvenes, cuidaban del aseo del *triclinium*, quitando del pavimento las señales del desaseo ó de la embriaguez de los convidados, presentando sobre la camilla misma el vaso indispensable á todos aquellos que habian bebido con exceso, y quitando, á cada cambio de servicio, todo lo que pudiese repugnar la vista ó disgustar el olfato.

Entre tanto, la conversacion de los convidados era animada; y como al fin jiró sobre las diversiones que se preparaban en el anfiteatro, el edil Panza anunció la noticia de que acababa de recibir un tigre para los juegos.

—No nos faltan mas que dos criminales—añadió la muger del edil:—uno para el leon, y el otro para el tigre. Pero mucho temo que nos veamos obligados á presenciar los insípidos combates de los gladiadores.

—Lo que no se ha encontrado todavía, señora, puede encontrarse tal vez muy pronto—dijo Glauco con aire burlesco.—Es preciso rogar á los dioses que nos envíen dos malvados dignos de satisfacer vuestros deseos.

—¡Ah!.....—replicó la matrona, que no habia comprendido la ironía que entrañaban las palabras de Glauco.—Si nuestro emperador fuese mas severo, ó mejor dicho, mas justo con esos enemigos del Estado que empiezan á pulular por todas partes, y que bien pronto se harán señores de Pompeya, no careceriamos de combatientes para el circo. ¡Pobres fieras! Sensible es que se vean reducidas á comer aún por mucho tiempo los desechos de los carniceros.

—El emperador sabe lo que hace—se apresuró á decir Panza.—¡Bebamos á su salud.

En aquel instante se levantó el primer servicio, llamado *gustatio*, y se presentó el segundo en que brillaba todo el arte de los cocineros.

Las mas ricas, numerosas y variadas viandas, entre las cuales se veia siempre un gran pedazo de ternera asada, cubrieron la mesa.

Todo era abundancia y buen gusto.

En tanto que la conversacion se animaba con motivo de los juegos próximos del anfiteatro, Ione y Glauco se ocupaban, en voz baja, de la conversacion que Apoicide habia tenido con su hermana.

Glauco temia tambien por el jóven neófito, la venganza de Arbace.

Sin embargo, se esforzó en reanimar á Ione, haciéndole ver que Arbace, por malvado que

fuese, no se atreveria á exponer su vida y su reputacion de santidad, cometiendo un atentado contra los dias de su discípulo.

—Ved—dijo Ione—cómo todos los convidados temen que no se encuentren desgraciados para arrojarlos al leon y al tigre. Se diria, al oirlos, que para ellos no existe cosa mas satisfactoria y dulce que la de ver derramar sangre humana.

—¡Miserables!—replicó Glauco:—no consideran que al levantarse de la mesa y en el estado extraviado en que generalmente se encuentra el espíritu por el efecto de la bebida, pueden cometer un crímen que les exponga á ser destinados á las fieras que tanto anhelan ver en la arena.

Ione y Glauco guardaron silencio con respecto á este punto, y tomaron parte en la conversacion general.

Al segundo servicio siguió el tercero en que se presentaron dulces, miel, pasteles, frutas, colocadas unas, en preciosas canastillas de junco, y otras en delicados tejidos de oro trenzados como junco. Estos manjares se designaban con el nombre general de *bellaria* ó postres, con los cuales llegaban los perfumes y las esencias.

Los esclavos, despues de cada servicio, se acercaban á los convidados, y vertian en sus manos con una preciosa jarra de cuello estrecho, agua fresca y odorífera que ellos recibian en una aljofaina que tomaban en la mano izquierda.

Terminada esta ablucion, los escanciadores, encargados de los variados vinos generosos, se apresuraban á ofrecer de beber á la redonda.

El vino estaba en *crateras*, vasos de ancha abertura, de donde lo sacaban con una medida pequeña de poco mas de una onza, llamada *cyathus*.

—El cocinero que teneis, amigo Diómedes—dijo Panza, que comia y bebia sin descansar—es digno de los mas altos elogios.

Diómedes quedó envanecido con aquellas palabras que equivalian á ponderar los platos que se habian servido.

En aquella época, el mayor placer de los ricos era la mesa, y cada cual procuraba tener los mejores cocineros.

Algunas veces, cuando aquellos amos gastrónomos estaban contentos del servicio y les presentaba el cocinero algunos manjares nuevos y delicados, le llamaban á la sala del festin, le hacian beber en presencia de los convidados y le gratificaban con un rico presente; una corona de plata, ó algun precioso vaso de Corinto.

El triunviro Antonio recompensó cierta ocasion á un cocinero que le habia servido una buena cena, con una magnífica casa; pero en cambio, cuando el cocinero no acertaba á dar gusto, era tratado cruelmente, reprendido y azotado.

Diómedes regaló al suyo una jarra preciosa de plata.

Todo era alegría y placer.

Los últimos manjares se habian servido, y los esclavos llevaron agua con mirra para la última ablucion.

De repente una mesita redonda, colocada enfrente de los convidados, se abrió de en medio, arrojando por toda la pieza una lluvia odorífera. El dosel desapareció, y en su lugar se presentó, sobre una cuerda tendida, uno de esos danzarines cuya destreza y agilidad hicieron tan célebres á los pompeyanos.

Era costumbre al fin del festin, cuando cada uno habia cesado de beber y de comer, introducir jóvenes de ambos sexos que ejecutaban vistosos y voluptuosos bailes; bien actores

llamados *Homeristas*, que armados de guerreros representaban algunos pasajes de la *Iliada;* bien músicos que recreaban con las melodías de la lira; ó bien espadachines ó recitadores que leian entretenidas poesías.

Cuando los danzarines terminaron sus ejercicios, los músicos, colocados en una plataforma exterior, tocaron un aire vivo y brillante que fué acojido con estrepitosos aplausos, y cada uno de los convidados se puso tambien á cantar y tocar la lira.

El dia habia llegado á su fin, aunque los convidados no pudieron notarlo en la pieza en que se hallaban reunidos, por estar iluminada, y cerrado todo lo que pudiese permitir la luz exterior.

Algunos, sin embargo, se levantaron para marchar; pero Diómedes les suplicó que se quedasen aún para el último entretenimiento.

Entonces entró un esclavo con un azafate lleno de tablillas selladas con esmero, y todas iguales en la apariencia.

Cada convidado debia comprar una.

El precio era la moneda mas pequeña de plata.

El placer que causaba esta especie de lotería, puesta en moda por el emperador Augusto, consistia en la ilegalidad y aun con frecuencia en lo extraño de los lotes, cuya calidad y valor estaba señalado en el fondo de las tablillas.

De esta manera, la hija de Diómedes recibió una copa, Lisipo una caja de moscas, y otro á quien se le acusaba de ser engañador en el juego, unos dados falsos.

Glauco sacó el gran lote, que consistia en una estatua pequeña de mármol, representando á la Fortuna; pero el esclavo, al presentársela, la dejó caer y se quebró.

Un terror extraordinario se apoderó de todos los concurrentes, quienes exclamaron á la vez: *«¡Dii avertite omen!»* ¡Dios desvie el presagio!

Solo Glauco no pareció participar del terror que dominaba á los demas.

—Yo acepto el augurio—dijo con voz sonora; y luego inclinándose al oido de Ione, que estaba pálida y temblando, le dijo algunas palabras que nadie, sino ella, pudo escuchar.

Para disipar la desagradable impresion que habia causado aquel inesperado accidente, Salustio, coronando su copa de flores, brindó por la salud del anfitrion.

A este brindis siguió otro por el emperador, y despues se vaciaron otras copas en honor de Mercurio para que enviase sobre los convidados agradables sueños.

Glauco habia empezado ya á beber, cuando Ione le propuso una cuestion, á la cual la política exijia que contestase inmediatamente.

Glauco puso la copa sobre la mesa; pero en el instante en que se disponia á responder á Ione, sintió súbitamente un agudo dolor en el corazon, seguido de un vértigo.

El gallardo jóven se apresuró á salir, creyendo que fuese efecto de la embriaguez, y no atreviéndose á revelar á nadie lo que sentia.

Los convidados no fijaron la atencion en ello, y Glauco desapareció en tanto que la concurrencia apuraba la última copa.

La comida terminó, como terminaban generalmente, por repartir entre los convidados los restos del último servicio, que consistia en dulces, frutas y agradables golosinas. Cada uno escojia lo que queria enviar á sus parientes ó á sus amigos. Las servilletas servian para envolver el botin apetitoso.

Los *dioses lares* ó de la casa no quedaban olvidados tampoco. Dos niños esclavos, vestidos con túnicas blancas, los condujeron y los colocaron sobre la mesa, al rededor de la

cual otro de igual edad, paseó una copa de vino pronunciando en alta voz estas palabras: "Que estos dioses nos sean propicios." En seguida se les ofreció manjares, se les hizo libaciones, se mezcló al nombre de ellos, el del emperador, y se rogó al cielo que colmase á este de felicidad así como á todos los convidados.

Pocos instantes despues, los convidados se levantaron de la mesa, tomaron sus clámides, se cambiaron el trage del banquete por el que habian llevado, se pusieron las sandalias que se habian quitado para comer, y se retiraron.

Plinio se quedó detras para despedirse de Eutima.

Al estrecharle la mano, sus labios pronunciaron en voz baja algunas palabras de amor que alcanzaron otras de igual naturaleza.

Plinio y Eutima eran felices.

Plinio y Eutima se amaban, y se habian jurado eterno amor.

El jóven abogado envió una expresiva mirada á la hermosa hija de Diómedes, se despidió de este, y salió á la calle inundado de felicidad.

Marcio, devorado por los celos, salió antes que él para esperarle.

Al cruzar el corredor, Marcio detuvo á Plinio y le dijo en voz baja:

—Nuestro duelo no se efectuó porque nos encontramos con Diómedes al irnos á batir, y fué necesario disimular nuestro intento; pero quedó aplazado para mas tarde, y es preciso señalar dia.

—Sea este cuando gusteis.

—Bien, yo pasaré á avisaros.

—Perfectamente.

Y Plinio se alejó.

Entre tanto Ione, sobresaltada por la repentina desaparicion de Glauco, bajó, seguida de sus esclavas, y preguntó lo que le habia acontecido.

Medon, el viejo esclavo cristiano que estaba encargado de cuidar la puerta, vaciló desde luego en responderla.

Ione insistió, y el esclavo le hizo saber que habia visto salir á Glauco como en estado de embriaguez.

—Sin embargo, en la mesa me pareció muy sóbrio—replicó Ione.—No comprendo cómo ha podido embriagarse cuando apénas ha probado el vino. Mañana sabré si es ó no culpable.

Y la jóven se dirijió á su casa extrañando la conducta de su amante.

¡Pobre Ione! La infeliz estaba bien lejos de sospechar lo que el lector sin duda ha adivinado ya.

Entre la confusion y el ruido que acompañaron el fin de la comida, el esclavo que presentó la última copa á Glauco, habia vertido en ella, sin ser notado, el fatal brebaje que habia recibido de Caleno.

Lo poco, pues, que el amante de Ione habia bebido, bastó para trastornar sus sentidos.

La venganza de Arbace se habia llevado á cabo.

¡Desdichados amantes!.....